



VICTOR  
VADORREY

¡QUE  
YENGA  
LA BRUJA!

Esta novela enseña a tener mucho cuidado con lo que se dice. Palabras sueltas, balbuceos, frases sin terminar... cualquier rara casualidad puede poner en acción fuerzas metafísicas ocultas que provoquen la aparición de seres ultramundanos.

*A Conchita Montes.*

*Soyez comme l'oiseau posé pour un instant sur  
des rameaux trop frêles qui sent plier la branche  
et qui chante pourtant sachant qu'il a des ailes.*

VICTOR HUGO.

Esta novela enseña a tener mucho cuidado con lo que se dice. Palabras sueltas, balbuceos, frases sin terminar... cualquier rara casualidad puede poner en acción fuerzas metafísicas ocultas que provoquen la aparición de seres ultramundanos.

Enrique, joven profesor, dedicado a la perversa tarea de escribir ensayos sobre los reyes godos, vive la más emocionante aventura por cometer tamaño descuido. Sobre su pacífica existencia se ciernen tres temibles amenazas:

Pierre, viejo camarada, saqueador de despensas, que vence siempre sobre la bondad de su amigo. «Cuando Pierre se propone algo es el torrente de un dique roto, un ciclón antillano, un bombardeo de neutrones sobre átomos de uranio, una invasión china, Lola Flores en persona.»

Rosita, su novia, una de esas mujeres que entusiasman al hombre cuando las ve, le enloquecen cuando las trata y le hastían cuando le aman. Es decir, una chica como tantas que pasan por la calle. (Dejen ustedes caer un tiesto desde un cuarto piso. Si ha caído sobre una muchacha, ésa era como Rosita. Se comprueba fácilmente hablando con ella, siempre que organicen una sesión de espiritismo. Si no ha caído sobre una mujer, insistan en el experimento. Hay exceso de población.)

Y, para colmo de males, por culpa de un tenedor, la desaparición de una fuente de croquetas y un reloj de oro, llega... ¡¡Casildita!!

Casildita es...

Cada capítulo duplica el interés y la emoción magnetiza al lector, que ya no puede soltar la novela de la mano. Hechizados por los personajes seguirán anhelantes la narración, de sorpresa en sorpresa, hasta el desconcertante final. Para que no falte la nota trágica, también hay una boda. Pero, no se preocupen, esto se arregla después felizmente. Víctor Vadorrey, que cultiva un delicioso y fino humor (y que, además, tenía unas recomendaciones de padre y muy señor suyo), mereció ser galardonado con el Premio Inter-

nacional «Legión de Humor», correspondiente al año 1957, en noble y leal pugna con otros humoristas menos recomendados.

**Preámbulo a guisa de advertencia**  
○  
**advertencia a guisa de preámbulo**  
○  
**ambos a la par**

*Desde hace no sé cuánto tiempo se acostumbra a incluir en la primera página de las novelas la siguiente advertencia: «Todos los personajes que aparecen en esta narración son totalmente imaginarios. Cualquier parecido con personas vivas o muertas es pura coincidencia.»*

*Opino que no es conveniente hacer tal cosa. Los lectores pensarán que la historia es más falsa que un discurso de Stalin, se desilusionarán y, tal vez, no se atrevan a comenzar siquiera la lectura.*

*De la misma manera que gustan de distinguirse en las fotografías levantando la mano si están colocados en la última fila o pegarse por entrar en el enfoque de la cámara del No-Do que toma unas escenas del estreno de una película, también preferirán encontrarse ellos o a familiares, amigos y conocidos entre los personajes de una novela.*

*—¿Te has fijado cómo se parece el protagonista de «Moreno claro» a Manolo Boix? —dicen, por ejemplo, refiriéndose a un vecino.*

*—Sí, me di cuenta, pero Manolo tiene las orejas algo más pequeñas y, además, ¡ya quisiera él toparse con una morenaza así!...*

*O, por ejemplo, también:*

—La heroína de «Gramola, sonido oscuro», saca en el capítulo doce un vestidito igual igual que el de Angelita. Hasta en los frunces del canesú.

—¿Ah, sí? Pues bien que presume ella de que su modelo es completamente original y novísimo.

O, por ejemplo. ¡Sí, por ejemplo!:

—Oye, tía Enriqueta, en esta novela interviene una mujer guapa y madurita como tú, que tuvo también un novio que se llamaba Romualdo y que la dejó para casarse con otra, como él a ti, y que le regaló un broche de oro en forma de trébol, como el tuyo. Por cierto, ¿Romualdo solía ir mucho a las piscinas, verdad?

—¡Dímelo a mí, que desde que conoció en una de ellas aquella rubia no le he vuelo a ver más!

—¡Exacto, tía, exacto! Tú no lo sabes, porque nadie lo sabe, pero su mujer está enferma y se va a morir en mayo. Romualdo, como el personaje de la novela, sólo piensa en ti, está deseando renovar las relaciones. Y se casará en septiembre contigo.

—¡Huy! ¿Tú crees?... Estamos a finales de abril... ¡Por lo pronto voy a llamar a Romualdo por teléfono ahora mismo! ¡Todavía es posible que no me quede soltera!

Y llama y se organiza un lío espantoso.

Por otra parte, conviene considerar que existen lectores quisquillosos que se dan por aludidos en seguida y se presentarían de repente en nuestra casa con una clava en la mano.

—Oiga, aquí dice que un señor, cuyo nombre es Gesalerismundo Pincharrosquillos, asesinó a su esposa para hacerla cortándole el cuello con un hacha de doble filo y tirando después la cabeza al río metida en un saco de arpiller. Pues, bien, ¡esto es falso! ¡Lo afirmo yo, Gesalerismundo Pincharrosquillos! —y enseña su tarjeta de identidad.

—Usted perdone, caballero, mi intención no fué difamarle. Se trata de una rarísima casualidad...



—¡Le demandaré mañana mismo a las cuatro y cuarto!  
¡Es falso, completamente falso! ¡La cabeza iba dentro de un  
maletín de cuero!...

Esto ocurriría con un nombre inventado. ¿Y con un José  
Pérez, sin ir más lejos? Tendría que hospedarme en el Estadio  
Metropolitano para recibir tantas visitas.

No hay posibilidad de complacer a todos. La única que  
se me ocurre es incluir el aviso al final del libro pero, dada  
la incorregible costumbre de las lectoras de ojear primero  
las últimas páginas, el resultado sería el mismo.

Si la tradición ha establecido colocar la advertencia al  
principio, no seré yo quien la altere.

¡Atención!

«Todos los personajes de esta narración son totalmen-  
te imaginarios. Cualquier parecido o semejanza con  
brujas vivas o muertas será pura coincidencia.»

Y con la inevitable advertencia a los lectores, vaya también  
mi agradecimiento a cuantos intervinieron directa o indirecta-  
mente en la realización de esta original y divertida novela,  
tales como (por orden de aparición ante mí) Rafael Caste-  
llano, extraordinario escritor y humorista; Marciano, campeón  
de los pesos amables; Pablo y Mena, estupendos dibu-  
jantes y compañeros, que me animaron a terminarla. Y,  
además, a la casa Pelikán, por su magnífica tinta; a las se-  
ñoras gordas, jovencitas monas, sabios profesores, rubias  
estupendas, comisarios con bigote, sinvergüenzas profesio-  
nales y, especialmente, brujas amigas mías, todos los cuales  
me sirvieron de modelo y, de paso, a Emilia Gamarra, gran  
mecnógrafa, que pechó con la dura tarea de pasarla a má-  
quina.

¡Hasta la próxima!

EL AUTOR.

## I

Enrique nunca necesitaba despertador. A las ocho en punto de la mañana un invisible timbre sonaba en el interior de su cerebelo. Un minuto exacto permanecía aún en el lecho, abriendo y cerrando los ojos hasta acostumbrarse a la luz.

Luego, brincando ágilmente, saltaba al suelo y procedía a realizar sus diarios ejercicios gimnásticos durante diez minutos delante de la ventana que había permanecido abierta toda la noche con la persiana echada. No importaba la época del año. Gracias a esa ventilación que renovaba continuamente el aire y gracias a sus ejercicios sentíase sano, joven y elástico. Y sobre todo, gracias también a que el año anterior Enrique había cumplido treinta y cuatro años. Pero él no quería reconocerlo.

Enrique nunca fué partidario de juegos de azar, ni apuestas, ni loterías. Sin embargo, a continuación de su gimnasia ante la ventana, probaba cada día su suerte bajo la ducha helada. Tal vez afortunado en amores, se le negaba la pulmonía doble que perseguía tan tenazmente.

Antes de vestirse, desde el pasillo, daba una voz a Nica, que generalmente no había despertado. Se oían unos fieros gruñidos e instantes después entraba la sirvienta en la cocina y a tientas, con los ojos cerrados aún, atinaba a encender el gas y colocar la cafetera encima.

Cuando Enrique había terminado su atuendo pasaba al salón, donde invariablemente, sobre la mesa-camilla, esperaba el mismo desayuno: café y fruta.

Antes de regresar a su cuarto, Nica recogía el diario que el vendedor había echado por debajo de la puerta, lo arrojaba sobre la mesa al cruzar el comedor y volvía a su tibia cama, dispuesta a continuar el sueño interrumpido.

Enrique ojeaba por encima los titulares de cada sección. Por la tarde, después de comer, leería una por una todas las páginas.

A las ocho cuarenta, segundo más, segundo menos, se colocaba el sombrero delante del espejo del recibidor. Pegado a la puerta, a su espalda, colgaba una magnífica reproducción de «El caballero de la mano en el pecho». Antes de salir dirigía una mirada al cuadro y le saludaba con una leve inclinación de cabeza. Parecía como si la gravedad del magro caballero se transmitiera al ocupante del piso, porque desde aquel momento Enrique se convertía en Don Enrique.

Al pisar la calle observaba el estado y color del cielo, por si fuera conveniente regresar y recoger el paraguas. Luego tomaba la dirección del colegio y durante el camino efectuaba mentalmente seis sumas y tres multiplicaciones de cuatro cifras, para conservar ágiles también sus potencias intelectuales.

Don Enrique era un hombre feliz. Poseía varias camisas, tres carreras universitarias, dos inmuebles en otro barrio que administraba su hermana, más apta para la lucha contra los inquilinos y los impuestos de Hacienda, y carecía de preocupaciones sentimentales y económicas.

Desde hace cinco años era profesor de Historia y Geografía en el I.D.P.T., el más prestigioso centro docente de la capital. No aspiraba a ocupar una posición más destacada socialmente. Su bondadoso carácter y su sosegado temperamento preferían enfrentarse a los estudiantes de Bachillerato. Estos pequeños ingresos, sumados a sus rentas, le permitían vivir sin excesivos lujos, pero con sobrada comodidad.

Aunque hombre pacífico y poco amigo de perturbar la tranquilidad de los demás y la suya, había tratado de sembrar enemistades publicando dos gruesos volúmenes sobre temas tan disparatados como «Las amas de cría en la Casa de Austria» y «Los reyes godos no eran tan gordos». Ensa-

vos que ocuparon sus vacaciones en años anteriores. A los dos de su aparición la venta seguía siendo nula. Pese a que a sus amigos y colegas les regaló un ejemplar dedicado, aún conservaba las buenas relaciones con ellos. Bien porque ninguno hubiera sido capaz de sobrepasar la segunda página de sus libros, bien porque por su amabilidad y dulce trato habían sabido disculparle.

No contento con tan óptimos resultados, y convenientemente documentado, preparaba una larga novela histórica, que desarrollaba en los siempre interesantes tiempos de María Castaña.

Dedicado desde la infancia al estudio, absorbido por la Historia y complaciéndose en la investigación, Enrique había llegado al peligroso punto de convertirse en un solterón de tomo y lomo, desoyendo los sabios consejos de su hermana, casada y con siete niños, y las bromas de sus escasos íntimos.

Por las tardes, finalizadas las clases, regresaba puntualmente a su casa y ocupaba varias horas en desarrollar sus investigaciones, corregir los trabajos de los alumnos o clasificar su pequeña colección de monedas. Algunos sábados, después de la cena, se reunía en el café Quito con sus amigos y jugaba partidas de ajedrez que, sin excepción, ganaba una tras otra.

Todo su tiempo estaba escrupulosamente medido y sabiamente aprovechado. La tranquilidad de esta vida ordenada y metódica era casi inalterable.

Y así, emulando a las ostras, Don Enrique vivía feliz.

## II

Si aquella tarde nevosa del mes de enero hubiera tenido la menor sospecha de los sucesos que habrían de desarrollarse después, es muy posible que Enrique se hubiera comportado de modo diferente.

Tal vez su sensibilidad estuviera adormecida al calor que despedía la calefacción y por eso no supo captar aquel mensaje premonitorio. O, quizás, fué una simple coincidencia. Sin embargo, la anécdota quedó impresa en su memoria.

El profesor se dirigió al alumno interrumpiendo su explicación:

—¿Qué acabo de decir, señor Lahore?

El chico trató de esconder apresuradamente el libro que estaba leyendo. Se puso en pie.

—No entendí bien —balbució mientras pisaba a su compañero de pupitre.

—Es muy fácil entender si se escucha. Venga usted acá. Y traiga la novela que tanto le distraía.

El alumno recogió de mala gana el libro y lentamente se dirigió a la mesa del profesor.

El nuevo giro que tomaba la clase de Historia interrumpió lecturas y entretenimientos diversos. «Asesinando que es gerundio», «Los gavilanes del espacio sideral», «El ojo bizco del F.B.I.» y «Los cuatreros eran tres» quedaron relegados a segundo término. La mosca Julita, que sacaba seis alas de ventaja a la mosca Sinforosa, junto con su compañera fué arrancada de la pista y llevada a las cuadras del tintero cuando la primera estaba a punto de llegar triunfadora al borde del pupitre. Una navaja cesó su laboriosa tarea de grabar el bello nombre «Pablito» en la madera. El último de la clase dejó sin resolver la duda del extremo iz-

quiera que necesitaba para su colección de cuarto curso. Incluso Arsenio Santos cortó su sueño cuando la chica rubia estaba a punto de besarle.

Las miradas de todos convergían en el profesor al calarse éste sus gafas para hojear el libraco que le había sido entregado. Al final de su examen, Don Enrique gritó:

—¡Inaudito! ¡Extraordinario!... ¿Cuántos años tiene usted?

—Quince —mintió el señor Lahore al que aún faltaban cinco meses para cumplir esa edad.

—¡Quince! ¡El señor Lahore a los quince años, a punto de convertirse en hombre, no sólo no escucha mis explicaciones, sino que lee mientras yo hablo! Paso porque no le apetezca enterarse de cuanto se refiere a la Revolución Francesa, pues es muy posible que él lo sepa muy bien. Y pasaría, tal vez, porque estudiara otra asignatura. Es más, dispuesto a pasar, no me importaría que leyera las grandes obras de la literatura universal o libros de divulgación científica. Y, llegando hasta el límite, perdonaría que estúpidamente dedicase su atención a una de esas infames noveluchas del género de viajes y aventuras que tanto les deleitan. ¡Pero no! ¿Qué lee el señor Lahore? El señor Lahore, y lo digo para su vergüenza general, lee cuentos de brujas. ¡Cuentos de brujas!

Hubo un murmullo de risitas y burlones comentarios y, destacándose sobre él, esas carcajadas escandalosas y forzadas de los amantes del bullicio que no desaprovechaban tan estupenda ocasión. Lahore bajó la cabeza, ruborizado.

—Señor Lahore, ¿acaso usted ignora que las brujas no existen?

El alumno no respondió. El profesor continuó:

—No quiero ser injusto. Voy a dirigirle algunas preguntas sobre lo explicado esta mañana. Si usted responde más o menos acertadamente obtendrá una magnífica calificación, puesto que habrá demostrado así su gran capacidad para leer y escuchar a un tiempo. En caso contrario, nada

podrá objetar a sus notas quincenales, no muy brillantes, por cierto, añadiré un cero.

El alumno se puso en guardia.

—¿Quién era Danton? —preguntó el profesor.

—¿Danton? —repitió el alumno con extrañeza, dado que era la primera vez que oía tal nombre.

Miró a sus compañeros buscando una leve seña, un movimiento de labios, una sola palabra que le inspirara. Luego, abandonado en la desgracia, atisbó minuciosamente el techo.

—¿Danton?

En el techo no había nada de particular. Sólo cal. Y, sin embargo, una idea brotó en su mente.

—¿El inventor del «dantonismo»? —dijo. Y el miedo envolvió entre interrogaciones lo que hubiera debido ser una respuesta.

—¡Excelente! —bromeó Don Enrique—. ¿Y qué es el «dantonismo»?

Aquellas palabras levantaron el ánimo del discípulo. Precisaba que la inspiración fuera completa. Y volvió los ojos al techo.

—Pues... tal vez... acaso... una... una teoría... física... sobre... sobre... algo...

El resto de sus compañeros no debía estar muy enterado de aquel asunto porque no hubo risas.

—Señor Lahore, usted padece una terrible confusión —intervino el profesor—. El daltonismo, ¡daltonismo, con ele!, no tiene ninguna relación con la Revolución Francesa. Daltonismo, con ele, es un defecto visual que consiste en no poder percibir determinados colores o confundir unos con otros. Un ejemplo. Una persona que padezca daltonismo dirá que este lápiz azul es verde.

Y Don Enrique mostró a sus alumnos un hermoso lápiz verde.

Esta vez sí. Esta vez hubo algo más que murmullos. La rechifla fué general.